

MÁRIAM MARTÍNEZ-BASCUÑÁN

¿Es internet de derechas?

La brecha y el activismo digital juegan a favor de la ultraderecha. Esta es la hipótesis que se plantea la socióloga estadounidense Jen Schradie. Algunos acontecimientos recientes, de apariencia dispar, se conectan por esa línea de puntos digitales marcada por una ideología ultra cada vez más virulenta y que utiliza internet para propagarse y consolidarse. Hablamos, por ejemplo, del asalto al Capitolio, del ataque de Búfalo contra afroamericanos, de la posible abolición del derecho al aborto por la Corte Suprema estadounidense, e incluso de la furibunda reacción contra Amber Heard —en realidad, contra el movimiento Me Too— tras la sentencia favorable a su exmarido, Johnny Depp. Son la expresión radical de un activismo feroz, compuesto por memes, vídeos y plataformas propagandísticas diseñadas para provocar y saltar de la esfera digital al mundo real.

La militancia digital es un elemento esencial en

la ultraderechización de un debate público donde circulan con creciente normalidad ideas negacionistas sobre el cambio climático o la violencia de género, o incluso el supremacismo blanco que habla de ese "gran reemplazo" que convertiría a la población blanca de Occidente en minoría étnica. "Las nuevas extremas derechas han venido para quedarse", dice el historiador italiano Steven Forti, y lo hacen porque sus tesis ganan centralidad en las democracias occidentales, tanto en las instituciones como en el ágora pública, y sobre todo en esa cultura que aterriza cotidianamente en nuestras pantallas a través de la impenitente movilización de sus activistas. "Si a la identidad sexual, no a la ideología de género; si a las fronteras seguras, no a la inmigración masiva; si a la soberanía de los pueblos, no a los burócratas de Bruselas, y si a nuestra civilización", clamaba sin pudor la neofascista Meloni en ese vídeo del mítin de Vox que se viralizó por su simplismo y retórica pegadiza. Así es como fondo y forma convergen, a través de argumentarios e imágenes que encuentran en el mundo digital el espacio propicio para hacer circular su odio.

Pero lo preocupante es ver cómo todo esto infecta la sangre de los partidos conservadores. De nuevo es paradigmático el caso de EE UU y un partido republicano rehén del trumpismo. La reciente investigación sobre el asalto al Capitolio muestra la cara más vergonzosa de un partido que mira hacia otro lado ante la corrupción o la evidente incapacidad de Trump para la presidencia. El vínculo entre derechas y sus nuevos extremismos es ya un problema existencial para las democracias, pero no nos equivocemos: es un asunto estructural que deben resolver los partidos conservadores tradicionales, antes de hacer llamamientos a cordones sanitarios a conveniencia (aquí sí, allá no), en función del tema y el momento. Son los deberes a los que debe aplicarse Feijóo y, después, el resto de actores políticos. La respuesta ante la ultraderecha es defender la democracia, no utilizarla por tocar poder. En EE UU y en Andalucía.

JORDI AMAT

Capitalismo y chatarra

Los fondos, los bancos y el regulador. Las dinámicas del capitalismo especulador. Las proclamas reiteradas sobre la necesaria reindustrialización de Europa. La actuación del Estado para preservar empresas estratégicas. El reciclaje como vector clave de la nueva economía. La dimensión de las empresas españolas y el reto de su internacionalización. Ahora la factura desbocada del precio de la energía que amenaza factorías de todo el país. El futuro de miles de trabajadores entre un horizonte de nuevas y viejas crisis. Una maraña de créditos. Y chatarra. Montañas de chatarra explotadas en una mina urbana que podría servir de escenario para una ficción posapocalíptica. El caso de Celsa, al filo del abismo, lo tiene todo como paradigma de un modelo de globalización. Ahora, otra vez, la propiedad de la familia Rubiralta está en riesgo y con ella la viabilidad de uno de nuestros pilares industriales.

¿Quién no se ha movilizado? Obreros y sindicatos, la patronal, consejeros y presidentes autonómicos, ministros e incluso el teléfono rojo del palacio de la Moncloa desde donde se teclaba un número. Suena el teléfono de Christian Sewing y el presidente del Deutsche Bank desuelga. Al otro lado, Pedro Sánchez. El presidente le pide un esfuerzo para avanzar en las negociaciones con la siderúrgica porque el acuerdo entre la empresa y los acreedores es condición necesaria para que la Sociedad Estatal de Participaciones Industriales pueda inyectar 550 millones en la empresa a través del Fondo de Solvencia de Empresas Estratégicas. Se convertirá en el mayor rescate por la pandemia aprobado por el Gobierno. El Consejo de Ministros está preparado para dar luz verde a la ayuda. Pero debe ser antes del 30 de junio. Tictac.

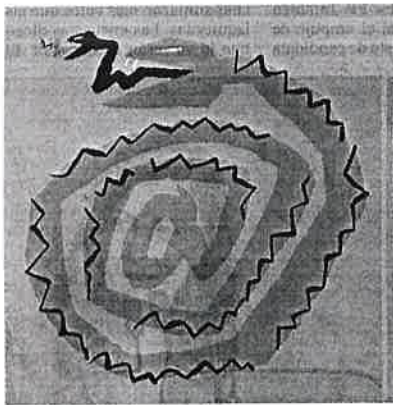
Alrededor de la factoría de Castellbisbal, montañas de chatarra. No una ni dos. Cordilleras de chatarra local, pero incluso importada. Ha llegado en barcos, llega en trenes especiales. Se quemará, se fundirá, se transforma, pero no desaparece, prácticamente toda se aprovechará en esta mina cuya materia primera es el desperdicio de una manera de vivir. Lo veo. Me visto como expedicionario cuya misión es descubrir el corazón de una industria dura, de las que manchan y siempre imaginamos lejos, pero está a pocos kilómetros de casa. Botas, guantes, una mascarilla que como poco debe ser FFP200 y casco. Auriculares para que el ruido no reviente los tímpanos. A cada paso noto cómo me caen los pantalones naranjas. A conjunto la chaqueta naranja con franjas azul marino. En la sala de operaciones, protegida por un cristal reforzado, un técnico cualificado activa el mecanismo: toneladas de chatarra entran en un horno gigante, empieza la

El caso de Celsa, al filo del abismo, lo tiene todo como paradigma de un modelo de globalización

combustión, llamas y estallidos, incluso retumba el altílo, y al cabo de 20 minutos sale un líquido incandescente que luego será pulido para convertirlo en vigas que se distribuyen por medio mundo con una etiqueta de calidad: acero verde.

No se puede negar la experiencia de los directivos de Celsa para refinanciar su deuda. A múltiples niveles. Una de las últimas operaciones fue en 2017, implicó a 20 entidades financieras y entonces ganaron un lustro para encauzar la situación. Pero el regulador no lo veía claro y forzó a los bancos a vender deuda para sanear su balance. Los bancos, incluidos CaixaBank o el Santander, tienen poco tiempo para negociar. Los "fondos oportunistas" —seamos políticamente correctos— husmean la situación crítica. Compran con un gran descuento —podría ser del 80%—, atendiendo a su naturaleza especulativa, más que a la productividad a medio plazo de la empresa, esperan obtener la máxima rentabilidad a corto y nada más. Desde fuera o, si debe ser desde dentro, situándose en el centro de mando para forzar la venta.

Nada que deba sorprender. No nos hagamos trampas. Nada que no explique la globalización donde vivíamos. Hasta que la covid nos mostró vulnerabilidades estructurales. Llamémosle soberanía industrial. Llamémosle estado emprendedor. Ahora el dinero público apuesta por entrar en la aritmética al considerar que debe protegerse una empresa estratégica. Veremos si la llamada de La Moncloa altera las reglas de juego para todos.



DEL HAMBRE

LUÍS BASSETS

Moscú-Pekín, el nuevo Eje

Los imperios no les gustan las alianzas permanentes. Prefieren repararse el botón de las guerras y el mundo en áreas de influencia. Le sucedió a Estados Unidos con la Alianza Atlántica, imaginada desde los instintos más imperiales como exclusivo instrumento, quizás coyuntural, para dominar a Europa y frenar a la Unión Soviética.

Las alianzas imperiales se pisan desde la sumisión de los aliados o desde la confluencia estratégica pero circunstancial con otros imperios. Así sucedió entre Berlín, Roma y Tokio en el Pacto Tripartito de 1940 con el que coordinaron sus esfuerzos bélicos y sus ambiciones sobre Europa, el Mediterráneo y Asia, respectivamente. Y así está sucediendo ahora entre Moscú y Pekín, nuevo eje de la guerra mundializada que estamos sufriendo.

Vladimir Putin y Xi Jinping son la pareja geopolítica de moda. Comparten ambiciones imperiales e idénticos adversarios que se oponen a sus apetencias expansionistas en Europa y en Asia. El cumpleaños del presidente chino, 69, unos meses mayor que el ruso, na-

cido en octubre, ha sido ocasión para que este nuevo Eje se reafirmara en sus propósitos compartidos, respecto a la soberanía, la seguridad y, según el comunicado oficial, "las cuestiones que más les preocupan".

Su conversación de cumpleaños es la respuesta al tren nocturno que condujo a Macron, Scholz y Draghi a Kiev, donde Ucrania recibió el espaldarazo a su candidatura europea. El Eje tiene respuestas

Es en la retaguardia dónde las guerras se cobran las víctimas más altas. Putin y Xi Jinping también se juegan su futuro

para todo: una semana antes de la cumbre de la OTAN en Madrid, Pekín celebrará la cumbre de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), resucitados coyunturalmente de su marasmo, aunque solo vía vídeo. A excepción de Rusia y China, los BRICS son ahora sinónimo de quienes miran los toros desde la barrera, a la espera de los beneficios que puedan sacar de la sangre vertida en la plaza.

La idea que Xi y Putin tienen de la soberanía y de la seguridad es la misma. Imperiales y con pretensiones de hegemonía que desbordan sus fronteras. Las rusas se extienden sobre el espacio exsoviético e incluso la entera Europa. Las chinas sobre Taiwán y el mar de la China Meridional, es decir, el continente asiático. Ambos quieren echar a Estados Unidos de su vecindario y someter a sus vecinos al papel que tuvo Finlandia en la Guerra Fría. Esas dos autocracias no soportan el espejo de la democracia y temen su mal ejemplo, especialmente cuando crece demasiado cerca, sea en Ucrania o sea en Hong Kong.

Al mismo tiempo trabajan por un nuevo orden mundial autoritario. Pero saben también que las guerras suelen cobrarse las víctimas más altas en la retaguardia. Putin se juega su presidencia vitalicia y Xi su tercer mandato, que debe renovarse este próximo otoño y ya empieza a suscitarse dudas en Pekín. Para ambos esta es la cuestión más preocupante y de ahí que se sientan hermanados en sus propósitos de mantenerse y perpetuarse en el poder.